## La dulce ira

Luis G. Martín

Alfaguara. Madrid, 1995. 271 páginas, 1.700 pesetas

UE un libro irrepetible, una sorpresamagnífica y fascinante la que le señaló nace cinco años como autor de personaies extraviados en delirios de singular veracidad. Es imposible que quien se acercara a aquellos seres de oscura existencia, aquejados, cada uno, de dolencias sin apariencia cierta, haya podido olvidar los relatos que ocuparon perdidos en lances de amores improbables. Se leían sin desmayo, atrapaba la intensidad narrativa y la brillante sintaxis que resolvía con inevitable naturalidad ideas ambiguas en las que reconocer un espejo de quimeras borgeanas. Después de aquella hazaña Luis G. Martín nos sorprendió con un largo silencio narrativo. No hemos vuelto a saber de él hasta hoy, que reaparece con un nuevo libro, una novela de contenido deslumbrante que otra vez se distingue por la elección de un protagonista ejemplar a quien persigue una suerte de escarnio que también oscurece su vida y es excusa argumental para narrar su infamia y explicar la naturaleza de sus desvarios. Es una historia tan admirable y conmovedora como las que enceπό en «Los oscuros», igual de incierta la extraña identidad que le administra, pero esta vez la resuelve de forma lenta y detallada, la llena de requiebros intelectuales, la ofrece como unas memorias espoleadas de quimeras malogradas y de sabias connotaciones que recrean una época enigmática, brillante y oscura.

Sólo la España del Renacimiento podía albergar a un individuo de la condición de Gerónimo de Letona y las Mendozas. Aquella primera mitad del XVI, contagiada por los modelos clásicos, se rindió al mundo y lo mundano, cifró en el hombre los objetivos de su pensamiento, su arte y su literatura, y se prometió a sí misma que nada de lo humano le sería ajeno. Tan gran empresa tenía como ideal la filosofía platónica, rotunda al afirmar que los humanos debían imitar el perfecto equilibrio de la naturaleza y tender, como ella, a la armonía, sólo po-

«Es ésta una novela de contenido deslumbrante que se distingue por la elección de un protagonista ejemplar a quien persigue una suerte de escarnio que oscurece su vida»

sible si entre las criaturas regía la ley de armoniósa correspondencia manteniendo su ejercicio por èncima de otras leyes que servían de amenaza. Fue un período de propuestas magnificas que invitaban a disfrutar del momento; pero ese afán de ensalzar la belleza no pudo evitar la existencia de sus contrarios ni pudo eludir la presencia inexorable del tiempo, que el mismo empeño pone en hacer y en desahecer.

En el seno de estas paradojas, y bajo los malos presagios de un horóscopo que maldijo su destino con imágenes funestas, nació Gerónimo, brillante en su ingenio desde muy niño, educado en ese compendio equilibrado de vir-

tudes físicas y materiales que proyectaban la dignidad del verdadero renacentista. Él fue el producto malogrado de las contradicciones de una época que asumía mal la imperfección. Fue creciendo presa de una fealdad desmedida y dueño de un saber especulativo que acrecentó su pesadumbre al no hallar consuelo en las sabias materias que le habían instruido, ni repuesta a la inquietante desazón derivada de preguntarse «qué cosa era vivir». Pronto descubrió en la naturaleza el aviso de su propia imperfección, pronto aprendió el desamor y la sinrazón de las criaturas; fue precoz en descu-



brir que cada asombro probaba la miseria de su inteligencia, en la decisión grave de perder respeto a los hombres, de no creer en la felicidad -mas no en dejar de esperarla- y de pagar con agravio su desdicha de hacer nacido. De forma contundente se fueron tejiendo los hilos de su ira y fue tramando la resolución de sus perversidades, razonando sus ideas con el rigor de un sabio que va modificando con la experiencia sus postulados, y revocando con irrevocables razones los ideales de su tiempo. Aprendió a vivir una existencia alejada de intereses mundanales, y se volcó en llenarla de rencor; en extender un horror irrazonable que nadie alcanza a entender. Sólo a nosotros -privilegiados depositarios de la difícil singladura que supuso para él vivir- se nos advierte del propósito de esta historia que merece ser difundida entre lectores ávidos de perderse en las quimeras de un empeño de tal magnitud.

A ellos, a quienes sepan leer el trágico suceso que aquí se expone, y entiendan que la propia narración se convierte en enigma de sí misma, les perseguirá la sensación de que reencuentran una de esas escasas novelas que, una vez leídas, buscan quedarse con uno. Les conmoverá la dimensión del personaje y la compleja naturaleza de su existencia, y se inclinarán de su lado al ver que aumenta su desamparo ante el mundo, que se cansa de devaneos metafísicos y que acaba defendiendo en la poesía la única manera de «dar descanso al ser», y en «la dulce ira» el único consuelo.